

LA LIDIA



Año 1886

Lit. J. Palacios, Madrid.

J. Fereca

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. " 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. " 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia.—Á LOS AFICIONADOS.—NUESTRO DIBUJO.—MANUEL DOMÍNGUEZ.—¡ADIOS! por Fiacro Yrázoz.—BARBARIDADES: " LOS MONOS SABIOS", por D. Jerónimo.—BIBLIOGRAFÍA TAURINA.—AJUSTES.—JEREZ FRASCUELO.—Noticias.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

Nuestro segundo número aparecerá el martes próximo, con las reseñas y apreciaciones de las corridas de inauguración y primera de abono.

En el caso de no verificarse alguna de éstas, LA LIDIA se publicará al día siguiente de la primera que se celebre.

Á LOS AFICIONADOS.

Un Semanario Taurino que, como LA LIDIA, entra en el quinto año de su publicación, es sobradamente conocido del público, para que tenga necesidad de exponer un programa que sería repetición de lo que hemos dicho tantas veces.

Los aficionados saben que LA LIDIA no tiene otro ideal que servirles lealmente, poniendo al servicio de la verdad en el toreo la buena voluntad é inteligencia de su director y colaboradores.

La verdad, la verdad siempre, y nada más que la verdad; he ahí nuestras aspiraciones; he ahí el fundamento de todas nuestras críticas. De antiguo sabemos cuán espinosa y cuán desagradecida é ingrata es la misión del que, salvando todo interés personal, toda particular simpatía, y despreciando cuantas sinsabores acarrea el ejercicio de una propaganda que al hallazgo de la verdad dirige todos sus esfuerzos, se expone á perder los innumerables sufragios que la pasión trae consigo,

con tal de ganar el modesto, pero valioso aplauso de la razón y de la justicia.

Y como sabemos esto, y estamos acostumbrados á sufrir las consecuencias de la pasión, que en materias taurinas adquiere formas verdaderamente inusitadas y capaces de embotar al espíritu del más fuerte, por eso nos creemos con derecho para hablar á nuestros favorecedores con la franqueza que se emplea entre antiguos conocidos.

Hemos dado norma exacta de nuestro temperamento, cuando las opiniones estaban hondamente divididas en favor ó en contra de determinados diestros. Ni los anónimos ni las amenazas más ó menos encubiertas, ni circunstancias especiales cuyo conocimiento no interesa á los favorecedores de LA LIDIA, pudieron torcer en lo más mínimo nuestra conducta.

Eso hicimos entonces, y eso seguiremos haciendo ahora, á despecho de todos y contra todos. Y si el favor del público ha sido para nosotros el más poderoso estímulo; si el favor del público ha sancionado de una manera evidente nuestro modo de proceder, claro es que nuestro afán por colocarnos á la altura de su benevolencia, ha de ser cada vez más decidido.

Cuanto á la parte artística y material de nuestro periódico, la mejoraremos cuanto sea posible relevándonos de hacer pomposos ofrecimientos, los cuatro años de constantes sacrificios, durante los cuales hemos logrado colocar la publicación á una altura que no ha logrado alcanzar ninguna otra del mismo género, teniendo además la satisfacción de haber cumplido siempre, y con creces, cuantas ofertas hemos hecho á nuestros favorecedores.

LA REDACCIÓN.

NUESTRO DIBUJO.

La fantasía inagotable y el talento, en verdad único en este género, de Daniel Perea, nuestro Director artístico, han trazado, en el cromó que ofrecemos hoy á nuestros lectores, un cuadro lleno de vida y de verdad, en el cual aparecen todos los detalles que preceden, en Madrid, al momento de comenzarse la lidia.

Las mulillas que vuelven galopando al corral de arrastre; los picadores de tanda que corren á ocupar sus puestos; los de reserva que entran de nuevo en el corral de caballos; los toreros que arrojan sus capotes de paseo á los aficionados de su confianza; el vaquero que conduce las reses á la Plaza al despuntar el día; el toro primero que sale disparado del toril y vacila un instante antes de tomar viaje por su salida natural ó por la izquierda; todos estos detalles, que constituyen los animadísimos preliminares de la fiesta nacional, surgen vigorosos é idealizados del lápiz admirable de Perea en nuestro dibujo de hoy, al que ha dado color magistralmente el joven y aventajado artista D. Ubaldo Bordanova.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

A las dos de la madrugada del martes 6 del corriente Abril, falleció en Sevilla el célebre diestro Manuel Domínguez.

He aquí en qué términos se expresa nuestro querido amigo y colaborador Sánchez de Neira, en la extensa biografía que á Domínguez dedicó en su popular libro *El Toreo*:

«Nació Manuel Domínguez y Campos en Gélves, pequeño pueblo de la provincia de Sevilla, el 27 de Febrero del año 1816, y fué bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Gracia.

Su padre, Cristóbal Domínguez, falleció á los tres años, y por consecuencia de esta desgracia, su madre y él tuvieron que estar atendidos á la bondad cariñosa de un hermano de aquella, capellán de un convento, que hizo estudiar á su sobrino latinidad y filosofía.

Pero el Padre Campos murió cuando más falta hacía al joven Domínguez.

Era desesperada la situación de éste, y se encontraba en esa edad en que el hombre quiere ser algo, aspira á mucho y todo le parece poco.

Por pura precisión tomó Domínguez el oficio de sombrerero: gustábase más el de torero que la sujeción y mecanismo de aquél, y aprovechaba los días de fiesta para hacer sus ensayos en el arte á que tanta afición ha habido siempre en Sevilla.

Así continuó tres ó cuatro años, hasta que un acontecimiento favorable le hizo cambiar con gran

alegría la modesta profesión que estaba ejerciendo, por aquella que, andando el tiempo, le había de proporcionar lauros y dinero, disgustos y desgracias.

Sabido es que en 1830 se fundó en Sevilla la Escuela de Tauromaquia, bajo la dirección de los célebres maestros Romero y Cándido.

Aspiró á una plaza de alumno en la misma Manuel Domínguez, con gran fe en su porvenir; pero á pesar de sus buenas facultades, y hasta cierto punto de su celebridad como aficionado práctico, no pudo conseguir más que la de supernumerario.

No importaba: Domínguez lo que deseaba era aprender; oír á los maestros del arte; practicar á su vista lo que sabía; y tanto adelantó en poco tiempo, lo mismo con la capa y con los palos que con la muleta y el estoque, que era la admiración de sus compañeros, y una de las más legítimas esperanzas del toreo.

Para demostrar que nuestro relato no es apasionado, nos bastará decir que en cierta ocasión el gran maestro Pedro Romero, que pocas veces se equivocaba en sus juicios, exclamó entusiasmado:

—Este muchacho no tiene desperdicio.

La escuela se cerró al poco tiempo, y Domínguez se ajustó primeramente de banderillero, y luego de media espada en la cuadrilla de Juan León.

Riñó fuertemente con éste, no sabemos por qué causa.

Eran los dos de carácter altivo y vehemente, y no podían estar juntos.

León, según dicen, juró á Domínguez para siempre una hostilidad decidida, y éste, resuelto á ganarse un nombre ventajoso en la lidia, acompañó desde entonces á diferentes plazas á Luis Rodríguez, *el Sombrerero*.

Era esto en 1835, año durante el cual toreó de nuevo alguna vez con León, lo cual sirvió sólo para aumentar sus rencillas y concluir definitivamente hasta de saludarse.

Domínguez no estaba contento con ser un torero como otros muchos; quería salir de la esfera de lo común, y con su buen criterio, comprendió la imposibilidad de lograrlo tan pronto como lo pedía su impaciencia.

No era entonces la época más á propósito para conseguirlo.

La destreza y la inteligencia del ya célebre Francisco Montes se habían apoderado de tal modo de las simpatías de todos los espectadores y aficionados á las corridas de toros, que tenía oscurecida la fama de los más acreditados diestros.

Imposible era, por lo tanto, luchar con tal coloso, y Domínguez, que sabía muy bien lo que Montes valía, no lo intentó siquiera.

Hay que hacerle justicia en este particular, y aplaudir su determinación.

Dirigióse, pues, en 1836 á la América con rumbo á Montevideo, ajustado con dos picadores y tres banderilleros, cuyo trabajo tuvo unánime aceptación.

Si no como él había pensado, al menos en parte vio coronados sus esfuerzos y aplicación.

Era ya jefe de cuadrilla, no tenía á nadie por delante, ni allí reconocía rival, y esto satisfacía su amor propio; pero la fortuna no quería protegerle.

A la mitad del tiempo que debía durar su contrata, estalló en aquel apartado territorio la guerra civil con todos sus horrores, y Domínguez tomó las armas en defensa de Orive, que fué derrotado como saben nuestros lectores.

Pasó allí más amarguras y sinsabores que los que pueden imaginarse; perseguido, sin recursos y en país remoto y extranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no le hubiese ayudado á soportar tan amargas penalidades.

Por suerte suya, que no siempre los bienes ni los males son tan duraderos que deban desesperar al hombre, se celebraron fiestas en Río-Janeiro en el año 1840, con motivo de la coronación de Don Pedro II.

Con mil trabajos, y como Dios le dió á entender, allá se dirigió Domínguez, y en presencia de aquella corte mató en cuatro corridas de toros con una aceptación y tan gran éxito, que mereció justísimas ovaciones y notable recompensa; y ya con dinero para emprender nuevos viajes, se dirigió á la República Argentina con el fin de dar corridas de toros, ganar su subsistencia y propagar la afición á ellas.

Desembarcó en Buenos-Aires, donde no le permitieron ejercer su arte, contra lo que él esperaba.

País completamente revuelto y entregado á la más espantosa anarquía, no era el más á propósito para permanecer en él un extranjero sin recursos, sin relaciones y sin industria á que dedicarse, y si

á esto se añade el odio con que la gente baja de aquellas Repúblicas mira á los españoles, á quienes apellida *godos* con aire de desprecio porque sacudieron la dominación que allí tuvimos, podrá formarse idea de lo que nuestro hombre sufriría y de los insultos que se le dirigirían.

Pero un español en ninguna parte aguanta malos tratamientos.

Domínguez se acordó de lo que era, y se hizo *guajiro*.

Su bravura y valentía, demostradas en mil lances funestos para otros y gloriosos para él, le dieron entre aquella mala gente el nombre de *el bravo señor Manuel*, y desde que así se le conoció, en todas partes se le respetaba.

Por otro lado, su atención para con las personas bien educadas, y su buen proceder con las de marcada honradez, le crearon simpatías entre determinadas clases, y su posición, por lo tanto, fué menos violenta.

Vivió algún tiempo del producto que le proporcionaba el arriesgado ejercicio de la caza de reses salvajes, que con lazo y á caballo verificaba unas veces, y con estoque y á pié realizaba otras, asombrando á los que presenciaban su arrojo, y más tarde se le dió el cargo de mayoral en los ingenios y posesiones campestres, que desempeñó con gran energía y á satisfacción de los dueños.

Todavía su sino le hizo tomar de nuevo las armas para abatir el atrevimiento de feroces indios, y al frente de una partida armada dió pruebas de que, si aventajado era cazando toros en el campo, y lidiándolos en las plazas, no lo era menos con el sable á la cintura y el trabuco en el brazo.

Dedicóse por fin al tráfico de diferentes artículos en el país antedicho, ganando buenas cantidades; y aburrido y cansado de su larga residencia en clima tan lejano, pensó en su patria y en su regreso á la misma.

Todos los que habitan en país extraño anshan volver al que les vió nacer, y los españoles más.

¡Es tan hermoso el sol de España!

Domínguez, pues, desde el año de 1836 hasta el de 1852, ó sea en el intervalo de diez y seis años, fué *militar* defensor de Orive en la República de Montevideo, *torero* en Río-Janeiro, *guajiro* en Buenos Aires, *bravo* con los bravos matones de aquella tierra, *mayoral* de negrada, *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces é *industrial* traficante.

Y todo esto en país extraño.

¡Si sería la naturaleza de Domínguez fuerte y privilegiada, cuando no se resintió por tantos azares y tantos sobresaltos como frecuentemente le atormentarían!

Volvió á su patria, y tan luego como llegó á la ciudad de Sevilla, trató de ponerse de acuerdo con sus compañeros de profesión para trabajar en el lugar correspondiente.

Visitó á Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*), y éste le recibió mal, ó por lo menos con poquísimos agrado, tal vez impresionado por la divergencia de opinión que hacía años tuvo Domínguez con *Leoncillo*, maestro de *Cúchares*, ó por otras causas que no se explicaron.

Ya hemos dicho que Domínguez era demasiado altivo.

Él, que no bajó nunca su cabeza en tierra extranjera, se vió hasta cierto punto despreciado en la suya, y desde aquel momento resolvió no impetrar de nadie protección y ayuda, y darse á conocer como bueno ó malo, según lo que valiese, por sí solo, y ganando con su mérito lo que la falta de apoyo le negase.

Una circunstancia le favorecía indudablemente en aquella época, y es que por entonces no había ningún torero andaluz, ni llegarían á dos en toda España, que practicando la excelente escuela de Ronda, torease *parando*, *aplomado* y *recibiendo*; y conociéndolo así Domínguez, cuyas circunstancias especiales eran la más á propósito para imponerse, se dió á conocer en Sevilla en 1852 y 53, y sus enemigos no pudieron menos de confesar que su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquilas que disimulan el miedo en otros diestros.

Nosotros le vimos poco después en Madrid y en Aranjuez, y admiramos en él al valiente matador que, hecho un autómatá, á pié quieto, citaba y recibía á los toros tan en corto, que por esto mismo se libraba, en nuestro concepto, de seguras cogidas, si un paso más hubiese habido de distancia de sus pies á los del toro.

Le criticamos entonces, como criticamos hoy á los modernos espadas, esos que llaman *pases* cambiados, y que no son más que un detestable remedo de los de *pecho*, sin ceñir y *fuera de cacho*, pero que en aquél podían disimularse algo porque su falta de

ligereza y pesada corpulencia le impedían revolverse con prontitud.

Notamos en él, sin duda también por falta de piernas, que no era eficaz en los *quites*, y que en las demás suertes que no fuesen la de *recibir*, no pasaba de ser una cosa regular, creyendo que el exagerado *tronío* que á Castilla trajo desde la tierra de María Santísima, le perjudicó más que le favoreció, porque Madrid no vió en Domínguez al torero que esperaba, sino á un estoqueador de primera fuerza en determinada suerte, que, por lo mismo que es la suprema del toreo, y había y hay cada día menos que la ejecuten, se veía con más gusto.

Sea de ello lo que quiera, Domínguez, con justicia, formó entre los matadores de primera línea, sustituyendo para ciertas gentes, y en cuanto era posible, al inolvidable *Chiclanero*.

Su fama creció, y los deseos por verle en todas las plazas menudearon, hasta que en 1857, en el Puerto de Santa María, un toro, llamado *Barrabás*, le hirió tan gravemente, que le arrancó ó le echó fuera de su órbita el ojo derecho, peligrando su vida con tan tremenda cornada.

Esta desgracia alarmó al mundo taurómico.

Sevilla y Madrid, especialmente, mostraron gran sentimiento por tan terrible suceso, hasta el punto de que, para calmar la ansiedad de los aficionados, se fijaron dos veces al día en el café de la Iberia de esta Corte los telegramas que daban parte del estado del enfermo.

No le hizo esta desgracia perder valor, pero sí facultades, sin que sus alardes de arrojo supliesen ya su mermado poder, siendo esto causa de que sufriese continuamente, desde entonces, frecuentes cogidas, de que podría tener también culpa una enfermedad que le entorpece el movimiento de las piernas, y que tuvo necesidad de curarse.

Domínguez era persona de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y preponderante con sus compañeros.

Siempre que de él se hable, ha de señalársele como un tipo de valiente, como uno de los mejores matadores de su época, y como persona de no escasa inteligencia en su arte y en las demás acciones de la vida social.

En todas partes donde ha trabajado, en cuantos círculos se le ha visto, se ha granjeado las simpatías de los aficionados, que han visto en él mayor educación de la que en general tienen algunos de su clase.

Entre los más admirables actos de valor y abnegación que se han visto entre toreros, hay uno en la vida de Domínguez que merece especialísima mención. Es muy parecido al que hizo Juan León cuando murió su maestro. En 25 de Setiembre de 1853, dirigiendo la Plaza de Sevilla, sucedió que el cuarto toro, de la famosa ganadería de Saavedra, derribó del caballo el picador Ledesma *el Coriano*; en el primer momento del quite perdió la capa Domínguez, y conociendo que el toro acudía al sitio en que aquél estaba en tierra, se interpuso á pecho descubierto, se *encunó* voluntariamente, se abrazó á la cabeza de la res, y resistió las cabezadas á modo de pegador portugués, hasta que vió lejos al picador camino de la enfermería. Ha trabajado en Portugal, en Francia, y puede decirse que en todos los países en que hay corridas de toros, siendo muy obsequiado y hasta premiado por su arrojo y conocimientos.

* * *

Ha sufrido cogidas tremendas: nueve calificadas de graves y otras de mortales; el 26 de Julio de 1854, en el Puerto de Santa María, en un quite, recibió una herida en el muslo derecho; en dicha plaza, 27 Junio de 1857, perdió un ojo de una cornada; en Salamanca, en 1860, matando con Bocanegra, sufrió una gran cornada en el margen del ano; en 25 de Julio de 1835, en Santander, gravemente herido en el muslo; en Cadiz, 15 Agosto 1862, herido en el derecho; 20 Agosto 1836, en Bayona, herido en la nalga derecha; 13 Mayo de 1863, en Sevilla, por salvar al Coriano; 10 Julio de 1854 en Sanlúcar, en un muslo; 17 de Mayo de 1874, en Sevilla, al citar para matar, herido en el muslo derecho.

Manuel Domínguez era decano de los toreros contemporáneos. Tenía 75 años.

La última corrida en que tomó parte fué la verificada en Sevilla á beneficio de los inundados de Murcia.

Vivía tranquilamente con su esposa en una casa de la calle Celinda.

A su entierro acudió mucha gente.

El féretro fué trasportado á hombros por tres individuos de los que componen la comparsa *Las*

Viejas Ricas de Cádiz y el conocido aficionado *Paco el de los pesos*.

Las cintas eran llevadas por José Lara (*Chicorro*), José Campos (*Cara anéhi*), Antonio Ortega (*el Marinero*) y Manuel García (*el Espartero*).

El paño lo llevaban Hipólito y Julián Sánchez, Manuel Campos (*el Barbi*), Centeno, *Currinche*, Fuentes y Gallango.

El duelo era presidido por el director espiritual y por Antonio Carmona (*el Gordito*), Francisco Arjona (*Curruto*) y Antonio Sánchez (*el Tato*).

¡ADIÓS!

Cariñosa despedida que, escrita con letra inglesa, mandó un toro á la dehesa al terminar la corrida.

«Mis queridos compañeros:
¡no sabéis lo desgraciado que soy, desde que he dejado por mi desgracia, de veros!

Yo inocente en paz vivía, desde mi más tierna edad, con toda comodidad en esa ganadería,

y sólo por ser valiente y por no saber huir, me están haciendo sufrir de una manera insolente.

¿Veis si es triste mi destino?
¡pues bien, lo que más me pesa es que al dejar la dehesa me engañaron como á un chino!

Con la mejor intención, cuando de ahí me alejaban, yo pensé que me llevaban á cualquiera exposición,

y sin temer estas bromas, en sueños halagadores, me ví rodeado de honores, de premios y de diplomas.

Pero ¡ay! desde el mismo día en que os dejé, compañeros, ¡no ha habido tales carneros, es decir, tal gollería!

Me metieron en el tren en un oscuro cajón, y llegué á esta población, eso sí, bastante bien;

pero luego me llevaron, con otros seis de mi raza, á un corral que hay en la Plaza, y allí nos abandonaron.

Cansado ya de esperar, se abrió una puerta, salí... ¡y lo que entonces sentí yo no lo puedo explicar!

Un hombre que iba á caballo, con pantalón amarillo, me hizo daño en el morrillo; pero yo, que no me callo,

dí á los dos un revolcón que los reventé quizá, porque á mí no me la dá ni el gallo de la pasión.

Después, un hombre cualquiera, con un traje muy brillante, se me colocó delante para que yo le embistiera,

y en medio de las costillas muy de prisa y dando gritos, me colocó unos palitos que se llaman banderillas.

Por fin, otro hombre travieso con un trapo colorado, me tuvo un rato mareado dando vueltas, lo confieso,

hasta que al cabo rendido y sin fuerzas para nada, me largó media estocada que me dejó sin sentido.

Cuando en el suelo me vió me creyó muerto, y lo cierto es, que ni yo estaba muerto ni Cristo que lo fundó.

Ahora que me encuentro aquí y sé que al fin moriré, os escribo para que sepáis lo que fué de mí,

porque, quieras ó no quieras, estoy mirando de frente, á un sangriento dependiente que me va á matar de veras.

¡Hermanos! Como yo os quiero con cariño singular, os voy á recomendar que, si os veis en el chiquero,

no salgáis al redondel ó no luchéis como fiera; de lo contrario os espera un fin horrible y cruel.

¡Adiós, pues, mis compañeros!
¡Que no os den tales matracas!
Expresiones á las vacas y un abrazo á los terneros.

¡Adiós, no puedo seguir porque viene el dependiente! Muy pronto, probablemente, dejaré ya de existir.

Y pues me siento tan mal, dad como prueba especial de mi cariño sincero, un puntazo al ganadero, y una coza al mayoral. »—

Por el bicho,
FIACRO YRÁYZOZ.

BARBARIDADES. (1)

LOS MONOS SABIOS.

I

El principal argumento que los adversarios de las corridas de toros esgrimen siempre, cuando pretenden demostrar que la fiesta nacional española constituye un atentado contra la moralidad y la civilización, es el repugnante espectáculo que ofrece al público el sacrificio de los caballos.

En puridad de razones, la cosa no tiene defensa, porque es cierto, es positivo, es innegable que el primer tercio de la lidia, aquel en que la bravura y pujanza del toro se manifiesta en toda su imponente fiereza, está precisamente destinado á coartar las facultades de las reses, con detrimento inmediato y seguro de los caballos.

De aquí que estos pobres animales representen ante el público las escenas verdaderamente repugnantes que en beneficio propio explotan, como queda dicho, los implacables enemigos de las corridas de toros.

Sería realmente pueril, por nuestra parte, negar que la inmólación del caballo es un razonamiento firme y sin réplica, para los que combaten la fiesta nacional.

La circunstancia de propagar y defender LA LIDIA lo único que el pueblo español puede recabar quizá, en los actuales tiempos, como patrimonio suyo, exclusivo é inalienable, no da derecho para poner siquiera en tela de juicio una evidente verdad.

Nosotros lo reconocemos así, franca y lealmente, y declaramos, sin rebozo alguno, que la muerte de los caballos no tiene defensa desde el punto de vista de la moral y de la humanidad. Hay que

aceptar ese sacrificio cruel, como necesidad imperiosa y fatal de nuestra lidia. No puede existir sobre este punto, seria discusión.

Pero por poco que el espectador se fije en las contingencias, siempre dolorosas para el infeliz caballo, á que dá margen el primer tercio de la lidia, observará que hay elementos extraños al toro, que contribuyen á aumentar en grado considerable lo repugnante y lo atroz del espectáculo.

El caballo tiene un enemigo constante, inconsciente y brutal: el toro. Pero tiene otro enemigo incansable, frío, despiadado y soez: el *mono sabio*; ese ayudante, mozo, asistencia, ó como quiera llamarsele, cuyo apodo de *mono sabio* constituye, desde luego, un desatino formidable.

El toro cornea, hiere y mata al caballo, porque se encuentra de manos á boca con el pobre animal, al que embiste con mayor ó menor furia, como embisten las reses bravas á cuanto se les presenta delante, la locomotora inclusive.

Además, el caballo es escudo del picador para martirizar al toro, cansarlo y quebrarle sus facultades. El toro, pues, se defiende del picador, y hace presa en el caballo; pero hay en la suerte algo de grande, algo de imponente y severo, porque el primer tercio de la lidia pone de manifiesto la fiereza del toro en toda su plenitud, y da ocasión á los lances más variados, más terribles y más conmovedores, generalmente, de todo el espectáculo.

Hoy día puede decirse que la suerte de vara no existe; que la defensa del caballo es una quimera; que el éxito depende del mayor número de porrazos y de jacos muertos; pero en medio de todo, hay lucha evidente, y donde hay lucha, hay interés, y este interés hace desaparecer, ó poco menos, lo repugnante de las heridas que el caballo sufre.

El público vé al toro que se arroja sobre el caballo con impetu irresistible; vé al picador que cae con estrépito, y vé al espada que hace el quite. Y en el conjunto de este espectáculo terrible, sí, pero admirable de todo punto, el caballo forma parte integrante del picador y cede por completo ante la atención que despierta el hombre.

En el calor de la lucha, el público no ve en el caballo más que una masa inerte que no se queja ostensiblemente, y la costumbre de aceptarlo como factor indispensable y principal de esa lucha, le lleva á mirarlo con la más sistemática y fría de las indiferencias.

II

Cuando el toro se marcha, entra en escena el *mono sabio*. Y aquí viene lo más repugnante, lo más odioso, lo más soez y brutal del asunto.

El *mono sabio* tiene una obligación: la de hostilizar de todas maneras, sin tregua ni reposo, al caballo. Armado de una vara de fresno, golpea al animal, cuando está parado, para que ande; cuando anda, para que ande más; cuando se detiene, para que vuelva al movimiento; cuando va hácia la izquierda, para que se dirija hacia la derecha y viceversa.

Que el pobre cuadrúpedo se detenga, se mueva, se caiga, se levante, vacile ó se enderece, el palo del *mono* está allí, siempre en acción, descargando estacazos á diestro y siniestro, en las costillas, en las ancas ó en la cabeza de la víctima.

El *mono sabio* y el palo, son dos personas distintas y una sola barbaridad verdadera. Cuando no hay caballo delante, el palo del *mono sabio* golpea el suelo, ó golpea la barrera. Es la nostalgia del palo, constante, feroz, inaguantable.

Cuando el caballo, herido en el pecho, comienza á verter sangre, si ésta no sale á grandes borbotones, el *mono sabio* se aproxima y, llena de estopa, introduce la mano por la abertura, retirándola roja de sangre, asquerosa y repugnante, despues de haber empujado *ad recalandum* aquella compresa brutal, casi siempre inútil.

Cuando, herido en el vientre el animal, cuelgan sus intestinos y cede el desdichado á su peso, el *mono sabio* se apodera de una pica y hunde repetidas veces su extremo en aquellos colgajos informes de donde brota, á la faz del público, la materia escrementicia, salpicando el suelo, y salpicando á veces también al mismo *mono* y compañeros adyacentes.

Que un caballo se revuelva en la arena, luchando contra las ansias de la muerte. El *mono* no descuida su misión; lo coge por el rabo, lo coge por las costillas, sacude palos entre las orejas y no consigue otra cosa que martirizar despiadadamente al animal que, incapaz de incorporarse, espera al poco rato, despues de haber recibido aque-
bestial suplemento de castigo.

Que el caballo se mantenga en pié, pero sin fuerzas para caminar. El *mono sabio* se apodera de la víctima y la puntilea repetidas veces, casi siempre, hundiendo el instrumento en la nuca del moribundo, hasta que acierta el *mono* y cae el animal.

En todas ocasiones, en suma, el *mono sabio* es el verdugo inseparable del caballo, al que golpea y maltrata y martiriza sin descanso, con la horrible frialdad, con la complacencia casi, de quien ha hecho de la necesidad contada, obligación permanente, y convertido en placer la obligación.

Que el público no va á la plaza de toros á respirar un ambiente de *patchouli*; ya lo sabemos. Que ciertas sensiblerías están reñidas en absoluto con el espectáculo, lo sabemos también. Que los *monos sabios* no están para tratar á los caballos como amantes, no se nos oculta tampoco.

Pero, por Dios; que se evite, como puede y debe evitarse, ese bárbaro encarnizamiento del hombre contra el caballo, ese martirio no interrumpido de éste por aquél.

A fe que el público es el primero en protestar indignado siempre contra ese refinamiento, muchas veces *innecesario*, de crueldad.

Consérvese norabuena aquello que fatalmente impone el espectáculo, pero destiérrese con mano firme aquello que quiere imponer brutalmente el hombre, sin necesidad alguna.

Si hace falta un reglamento para los *monos sabios*, hágase en seguida y póngase coto á sus desmanes. El público lo viene indicando con sus repetidas y enérgicas protestas. A la autoridad cumple ahora tomar una eficaz determinación.

Lo pedimos como amantes de la fiesta nacional á la que manchan y desacreditan estas BARBARIDADES.

D. JERÓNIMO.

BIBLIOGRAFÍA TAURINA.

CURRA LÓPEZ.

Con este título se ha publicado recientemente una novela original de D. Ricardo Herranz, que ha sido ya ventajosamente juzgada por la prensa madrileña, tanto política como literaria.

Sentimos que la falta de espacio nos impida ocuparnos de la novela del Sr. Herranz, con el detenimiento que por más de un concepto merece, pero esto no es obstáculo para que recomendemos á los lectores de LA LIDIA la adquisición de *Curra López*.

La novela del Sr. Herranz no es, en realidad, una novela, sino un esbozo dramático que sirve de pretexto á una serie de cuadros populares; una corrida de toros, un apartado en la dehesa, la feria de Sevilla, el café del *Cante* y otros por el estilo, escritos con holgura, naturalidad y gracia chispeantes.

El Sr. Herranz siente estos cuadros y los traza con mano firme y estilo atractivo y corriente, hasta el punto de que ellos solos bastarían para hacer viable la novela.

Y como la lectura de esos cuadros será de grandísimo interés para los aficionados á las corridas de toros, por eso recomendamos á nuestros lectores la obra del Sr. Herranz, seguros de que han de agradecer cernos la recomendación.

Curra López, impresa con esmero por Pérez Du-brull, se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

AJUSTES.

He aquí las corridas de toros que, según noticias fidedignas, tienen ultimadas hasta la fecha Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini:

LAGARTIJO.—Abril: 25, Barcelona. Mayo 2, Cadiz; idem 8, 9 y 10, Jerez; idem 13, Málaga; idem 16, Tarragona; idem 23, Valencia; idem 30, Puerto de Santa María. Junio: 3 y 6, Barcelona; idem 10 y 11, Algeciras; idem 13 y 14, Córdoba; idem 23 y 24, Murcia; idem 27, Jerez. Julio: 7, 8, 9, 10 y 11, Pamplona; idem 18, Cadiz; idem 23 y 27, Valencia; Agosto: 8, 15 y 22, San Sebastián; idem 28 y 29, Cáceres. Setiembre: 6, 7 y 8, Murcia; idem 12 y 24, Barcelona; idem 13 y 14, Utiel. Octubre: las corridas de Zaragoza.

* *

FRASCUELO.—Abril: 27, 28, 29 y 30, Sevilla. Mayo: 13, Málaga. Junio: 3 y 6, Barcelona; idem 24, Sevilla; idem 25, Granada; idem 29 y 30, Burgos. Julio: 23, 24, 25 y 26, Valencia. Agosto 15, Santander; idem 22, 23, 24 y 25, Bilbao; idem 29, San Sebastián. Setiembre: 7, 8 y 9, Murcia; idem 23 y 24, Tarragona; idem 28 y 29, Sevilla. Octubre: las corridas del Pilar en Zaragoza. Y además, todas las de Madrid.

* *

MAZZANTINI.—Abril: 25, 27, 28, 29 y 30 Sevilla. Mayo: 2 y 9, Madrid; idem 16, Barcelona, poniendo toda la cuadrilla; idem 23 y 30, Madrid. Junio: 3, Sevilla; idem 6, Madrid; idem 9 y 10, Algeciras; idem 13 y 14, Córdoba; idem 20, Madrid; idem 24 Sevilla; idem 27, Madrid; idem 29 y 30, Burgos. Julio: 4, Barcelona, cuadrilla completa; idem 11 y 18, Madrid; idem 25, 26, 27 y 28 Valencia. Agosto: 1 y 8 San Sebastián; idem 10 y 11, Huesca, poniendo toda la cuadrilla; idem 15 y 16, Badajoz, con toda la cuadrilla; idem 19, Tarragona, con toda la cuadrilla; idem 22, 23, 24 y 25, Bilbao; 28 y 29, Tarragona de Aragón, poniendo toda la cuadrilla. Setiembre: 2 y 3, Palencia; idem 5 Madrid; idem 8, Tudela, con toda la cuadrilla;

idem 9, Calatayud, con toda la cuadrilla; idem 12, Madrid; idem 13 y 14, Utiel; idem 19, Madrid; idem 24, Barcelona; idem 26, Madrid, idem 28, 29 y 30, Sevilla. Octubre: 3 y 10, Madrid; idem 13, 14 y 17, Zaragoza; idem 24 y 31, Madrid.

JEREZ FRASCUELO.

Los conocidos cosecheros de Jerez, Sres. Copero y López, han tenido la exquisita galantería, que de todas veras agradecemos, de obsequiarnos con una caja de botellas de Jerez, que han bautizado con el nombre de *Frascuelo*, cuyo retrato llevan litografiado las etiquetas.

Con decir que el riquísimo caldo de los señores Copero y López está á la altura del afamado diestro que le sirve de marca, hemos hecho su mayor y más justo elogio.

No faltarán quizá espíritus suspicaces que nos llamen estómagos agradecidos. ¿Y por qué no hemos de serlo? Prueben nuestros lectores el vino de los Sres. Copero y López, para lo cual no tienen sino dirigirse á su representante en Madrid Sr. Jiménez, y se convencerán de que hemos sido tan parcos en el elogio, como sinceros en la gratitud que la galantería de dichos cosecheros merece por nuestra parte.

NOTICIAS.

Para las salidas de los principales diestros contratados por la Empresa de la Plaza de Toros, parece que se cuenta con Valentín Martín, *El Espartero* y Angel Pastor, que debe llegar en breve de la América del Sur.

* *

Durante la próxima temporada taurina de San Sebastián, habrá corridas en los días 1, 8, 15, 22 y 29 de Agosto. En la primera matará seis toros Mazzantini, en las de los días 8, 15 y 22 toreará Lagartijo con otro espada, y en la del día 29 matará Frascuelo seis toros, si se arreglan las diferencias de precio que parece existen entre Salvador y el Sr. Arana.

* *

También se habla de una corrida extraordinaria con que el Ayuntamiento de la capital de Guipúzcoa piensa obsequiar á los miembros del Congreso hidrológico que se reunirá en Biarritz á fines de este verano, para lo cual el Ayuntamiento de San Sebastián dará al Sr. Arana 6.000 pesetas de subvención.

* *

El Gobernador de la provincia piensa, según aseguran, ser inexorable con los revendedores de billetes. El público se lo agradecerá muchísimo, y LA LIDIA será la primera en aplaudirle.

ANUNCIOS.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

ADMINISTRACIÓN:

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 27, LITOGRAFÍA.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Madrid, trimestre.	Ptas. 2, 50
Provincias, id.	» 3
Extranjero, año.	» 20

COLECCIONES.

Del 2.º, 3.º y 4.º año, encuadernación lujo.	Ptas. 21
Del 2.º, 3.º y 4.º id. sin encuadernar.	» 15
Tapas preparadas para su encuadernación.	» 4

DIRÍJANSE LOS PEDIDOS

27, CALLE DEL ARENAL, 27

Litografía de J. Palacios.

BIBLIOTECA DE «LA LIDIA.»

Próximo ya á publicarse el primer tomo cuyo título es

EL FRAILE DEL RASTRO

POR

EDUARDO DEL PALACIO (SENTIMIENTOS.)

En preparación:

Lagartijo y Frascuelo y su tiempo.

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Estos tomos se venderán á una peseta, con un descuento de 25 por 100 á los correspondientes de LA LIDIA.

ADMINISTRACIÓN: ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.



LA LIDIA VA Á EMPEZAR.

H. Ferrer